

CUENTO DE PRIMAVERA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN PRÓLOGO

PERSONAJES

LESBIA, princesa.
ZARA, su nodriza.
HEBE, amiga de Lesbia.
ROSALINDA, idem.
AMAPOLA, aldeana.
EL REY SALOMÓN, padre de Lesbia.
NESTOR, gran Chambelán.
SIETECIENCIAS, consejero del rey Salomón.
EL PRÍNCIPE ZAFIR.
ZAFIRINO, su doncel favorito.
GANIMEDES, paje de la princesa.
ARLEQUÍN, bufón.
COLOMBINA, camarista.
PEDRILLO, aldeano.

Amas, nobles, pajes, soldados, etc.

CUENTO DE PRIMAVERA

PRÓLOGO

GANIMEDES

Salud á todos. El autor me ha elegido entre mis compañeros para recitaros el prólogo, porque asegura que soy muy bella y me sienta muy bien el traje masculino, y que, así disfrazada, por fuerza he de captarme la gracia de todos, si á los hombres agrado por lo que soy y á las damas por lo que parezco. Con la mayor sencillez debo referiros el argumento de la composición anunciada, así me lo encarga el autor, tan comedido y apocado, que nada sentiría más que haber reunido tan selecto concurso y aburrirle con sus frialdades. Así, pretende, que si la traza general de la obra no os agrada, sin más espera abandonéis el teatro y no aguardéis

hasta el final para mostrarle vuestro desagrado. A los que, repletos de estudios, con juiciosa crítica pretendáis sujetar á un análisis lo que por insustancial é incorpóreo ni aún podrá fijarse un punto en vuestra idea; á los que, malhumorados por contrariedades grandes ó pequeñas, trágicas ó cómicas, pretendéis al acudir aquí distracción á vuestros enojosos pensamientos, el autor os suplica que abandonéis el teatro, y, con vosotros, los hombres sesudos y graves, preocupados de más arduos estudios, que no es digno de su entendimiento, espectáculo tan baladí, y vosotros, amantes desdeñados, que venís á disputar al poeta la atención y las miradas de una hermosa, id en busca de más grata belleza, no paguemos nosotros el rencor de vuestro despecho. Y de igual suerte me atrevo á despedir á la dama que, muy preciada de sí misma, hace batería de sus ojos, cortina de su abanico y poema de su escote; el autor no osaría competir con vuestros encantos, y si acaso un momento el interés de la trama ó la belleza de la frase os disputaban á la admiración del concurso, nunca podrá per-

donarse de haberos robado á ella, tal vez cuando brillábais con mayor atractivo. Se trata de contaros un cuento, cuento de primavera; cuando los árboles en retoño, las flores en capullo, son esperanza incierta todavía; cuando el sol, despejado de nieblas, parece enamorar á la tierra, halagándola con sus rayos, tibios aún, pero dulces como caricias que ella le vuelve con grata sonrisa en lozanos verdores y matizadas flores, incitándole á enamorarla más cerca y más osado hasta abrasarla en ardiente beso, ¡beso fecundo! Floración de gérmenes, estío, vida y calor del mundo, lánguido al cabo como reposo de dos amantes, extinguido el deseo. Así, en la primavera de la vida, es todo en nosotros esperanza, y como las flores en capullo muestran apenas sus colores, los afectos surgen vagos, indefinibles, sin marcado matiz todavía; la amistad se confunde con el amor, el amor con la poesía; todo es incierto en nuestro espíritu, que, deslumbrado por el despertar, revolotea como mariposa y liba por igual dulzores y amarguras, sin experiencia para distinguirlos.

Pues en esa estación hermosa del año y en esa edad dichosa de la vida, por influjo de una en otra sin duda, nació este cuento, ensueño juvenil, sin fijeza, sin orden, tumulto de imaginaciones sin más realidad que la de un sueño; es decir, que si no existió ni pudiera existir en el mundo exterior, ha tomado ser en la fantasía y forma en el arte, y existe, en fin, en la realidad de lo hecho, que tan efectivo es el sueño más ideal, como el acto más común de la vida. Pero el autor recusa desde ahora el fallo de quien no aporte consigo la buena fe y el candor de una adolescencia apenas maliciosa. Nada de reflexiones, vamos á soñar, y el autor soñando os invita á ello. Seguidle, si su sueño os interesa, si no, abstraed de él vuestra imaginación, y soñad cada uno lo que mejor le plazca. Si un personaje habla de amor y no consigue interesaros, pensad en el vuestro, que sin duda os interesa; si en floridos conceptos pondera la belleza de su amada, y juzgáis que exagera en sus ponderaciones, pensad en la hermosa amada vuestra y todos las hallaréis ajustadas. Y en todo así: cada lugar

donde la acción transcurra, traiga á vuestra memoria los lugares donde más feliz haya transcurrido vuestra vida. Evocad los encantos de vuestras ilusiones en los palacios encantados; recordad en los floridos jardines las sendas que recorrísteis en unión de vuestra adorada; y aunque decoraciones y trajes serán magníficos, pues la imaginación del autor hizo la costa, todavía desea que con la vuestra le ayudéis á hermosearlas.

Quisiera él, en fin, que su ensueño vago y borroso fijara vuestra atención apenas, que solo sirviera para evocar en cada uno de vosotros más placentero ensueño. En suma, que colaboréis con él tanto, que al fin del espectáculo, las ideas que de él esparcidas queden en vuestra idea os parezcan allí mismo nacidas, y más vuestras que suyas; de este modo la obra ha de pareceros excelente, como obra al fin, más vuestra que suya. ¡Quién sabe, si, allá, en días antevistos por creyentes de un continuo progreso, cuando los hombres, desbrozados de sus impurezas, queden convertidos en un puro espíritu y un espíritu puro, la fórmula suprema del arte no será

reducida á mostrar entre nubes, difusas imágenes al sonido de una música sin ritmo ni melodía, y el espectador, con tan sencillo aparato escénico, y solo por virtud de su inteligente espiritualidad, hallará en ello inefable goce artístico, componiendo á su grado un poema sublime! No creáis que mis suposiciones no se fundan en la realidad. ¿No preferimos siempre el amante y el amigo que se complacen en escucharnos y por las más insignificantes menudencias de nuestra vida se interesan, al que pretende interesarnos con relación continua de sus tristezas y alegrías? Así, el poeta que no pretenda sujetar á los suyos nuestros sentimientos y solo aspire á despertar los nuestros, y más que dominar nuestro entendimiento, humillándole desde superior altura, le avive y aliente á subir hasta ella, ese será el poeta preferido. Con esto me retiro sin referir el argumento, como era mi propósito. Pero ya no será la vez primera que lo importante quede olvidado, por decir lo que menos importa. Aquí, pues, se despide el prólogo y os saluda Ganimedes.

ACTO PRIMERO

Jardines y fachada del Palacio del rey Salomón.
(Amanece.)

ESCENA PRIMERA

GANIMEDES con un laúd, y después ARLEQUIN,
que baja por una ventana del Palacio.

GANIMEDES (*Canta.*)

¡Vida mía! Del que amor te canta
jamás saber quieras nombre y condición.
Su patria es el cielo,
su estado es amarte,
su nombre es amor.

¡Primavera del alma y del mundo!
En el cielo despierta ya el sol,
en su tallo despiertan las flores,
en mi alma el amor.

En invierno las flores fenecen,
en la noche sepúltase el sol;
mas sin noches, ni invierno del alma,
eterno es mi amor.

GANIMEDES

(Dejando de cantar al ver á Arlequín.)
¿Quién va? *(Al conocerle.)* ¡Arlequín!...

ARLEQUÍN

El mismo. ¿Cómo pudiera ser otro? ¿Te pregunto quién eres, aunque en la obscuridad te percibo apenas, si el ejercicio á que te hallo entregado basta á declararme que eres el propio Ganimedes? Así, solo al vislumbrarme en lo alto, volatín del amor, debiste conocerme sin género de duda. ¿Qué es el rostro sin las acciones? Topara yo á estas horas con un trasnochador embriagado, bebreando groseras canciones, y así fueras tú propio, nunca creería que eras tú... sino traslado de tu imagen, tan extrañas á ti me parecieran tales acciones. Y al contrario, ¿quién había de conocerme laúd en mano, entonando dulces trovas en conceptos purísimos,

cuando vengo, sí, de entonar una trova al amor, pero en más dulce instrumento que un laúd y en más sustanciosa forma que sutil poesía?

GANIMEDES

¡Libertino! ¿A qué habitación corresponde esa ventana?

ARLEQUÍN

A la de Colombina, la camarista de Palacio más fácil al amor. Dime tú ahora: ¿a qué ventana corresponde esa trova?

GANIMEDES

Pregunta al ruiñeñor que todas las noches canta en aquel granado, á quién envía sus vibrantes trinos, si con ellos pretende turbar la quietud de la noche y desvelar el sueño de alguna hermosa, ó si canta porque Dios le puso en la voz tan dulces acentos y ahuyentó en cambio el sueño y la quietud de sus noches.

ARLEQUÍN

¿Duermes ya, Ganimedes, ó cantas todavía?

GANIMEDES

Hermoso día de primavera amanece.

ARLEQUÍN

No fueran tan hermosas las noches, á buen seguro que tu voz no estaría tan clara. Pero ¿es posible que entre todas las damas de Palacio no hay una tan compasiva que te abra su ventana? No, Ganimedes, te ocultas de mí y haces mal. Bajo este traje abigarrado y bajo la apariencia de un carácter no menos abigarrado que mi traje, hay un noble afecto de amistad hacia ti, entero y de un color. Puedes fiarme tu secreto.

GANIMEDES

No, Arlequín; mi amor no tiene dueño. Detrás de esas ventanas duermen las damas de Palacio, todas hermosas, todas jóvenes como su señora la princesa Lesbia, más hermosa y más joven que todas...

ARLEQUÍN

Acaso... la Princesa...

GANIMEDES

No lo pienses. Tanto valdría enamorar á la estrella más lejana, aun á la estrella sé que podía verla cada noche... pero á ella, una vez unida al noble Príncipe que ha de ser su esposo, ni verla me será permitido.

ARLEQUÍN

Ganimedes... amas á la Princesa.

GANIMEDES

No, Arlequín. Amo... sin saber á quién amo. Amo todo lo bello y entono mi canción á la noche, hermosa en sus misterios y susurros vagos. ¿Quién sabe si mi canción no evoca un dulce sueño en las hermosas que se aduermen á su sonido? Desde la princesa Lesbia hasta Colombina, á todas dirijo mis canciones. Si una noche por fin se entreabre una ventana, si una voz me responde, treparé presuroso y sin preguntar nombre, condición, ni estado, me diré: el amor llama y amaré con locura hasta el amanecer.

ARLEQUÍN

Retirémonos, Ganimedes. La gente de Pa-

lacio se despierta, y es una indiscreción permanecer aquí. Ni tampoco nos vendrán mal algunas horas de reposo. Ya sabes que hoy empiezan las fiestas de la Corte. ¿De veras, Ganimedes, no amas á la Princesa?

GANIMEDES

Escucha en prueba de ello un epitalamio que he compuesto en su honor; verás, así cuán ajeno estoy de sentir por ella amor ni celos.

ARLEQUÍN

Dejemos los versos para más tarde, que tú por tener amor sin objeto, y yo que tengo objeto sin amor, los dos hemos pasado muy mala noche.

MUTACIÓN

Camarín de la Princesa Lesbía.

ESCENA II

LESBIA y ZARA

ZARA

¿Ya despierta y vestida, niña mía? ¿Pue-

des decirme qué cuidados te desvelan? Noto desde algún tiempo que tus sueños son intranquilos. ¿De qué proviene?

LESBIA

Hay malicia más que ignorancia en tus preguntas, mi buena Zara.

ZARA

¿Malicias, yo? Líbreme Dios.

LESBIA

Sabes que el día de mi boda se acerca y preguntas, lo que me desvela; ves mis ojos llorosos, y extrañas que mi sueño sea intranquilo.

ZARA

Lo que extraño es que llores y te aflijas por lo que haría en tu lugar la felicidad de cualquiera.

LESBIA

¡Un casamiento sin amor!

ZARA

Cierto que nunca viste á tu prometido, y sería locura pedirte un vehemente afecto hacia él, como él de su parte no podrá sentir

hacia ti sino benévola inclinación, nacida de la conveniencia política, de los elogios que de ti le hayan hecho cuantos te conocen, y de la vista de tu retrato más elocuentes que todos ellos. Pero el amor será bien pronto eficaz ayuda de la razón de Estado... ¿Puede ser otra cosa? El Príncipe es hermoso como un ángel. No hay gracia que no resplandezca en su persona y no haga adivinar la luz interior de su espíritu aún más hermoso que su cuerpo. Y de ti, gloria mía, ¿quién será tan vano que pretenda librar entero el corazón después de contemplarte? Y si en tu solo aspecto eres un cielo, al dulce sonido de tu voz abres el cielo y muestras á las almas sublimadas en tu adoración una gloria radiante. Suponer que el príncipe no te amará con locura es blasfemar de Dios que estampó en ti toda su belleza. Temer que no correspondas con igual pasión á tu prometido, es injuriar tu sano entendimiento.

LESBIA

¡Sin amor, Zara mía! ¡Unirme para siempre á quien no conozco! Entre rostros des-

conocidos no acertaría á distinguir el suyo, y sentirle cerca de mí en ardoroso beso. Nunca oí su voz y habré de oírle llamarme suya con dominante imperio. Tanto valdrá desde esta ventana hacer seña al primero que pase y entregarme á él sin pudor alguno. No me será tan desconocido como el Príncipe; nuestra patria será común á lo menos; seré yo para él su princesa y señora, mientras que sola y extranjera en la Corte de un pueblo vencedor, sufriré mil humillaciones.

ZARA

Tè complaces en atormentarle. La Corte del príncipe Zafir es emporio de cultura, y en ella han de brillar tus gracias como en su centro natural.

LESBIA

¡Dejar para siempre estos lugares tan gratos á mi corazón! Donde mi alma en cariñosos afectos repartí de tal suerte, que, al dejarlos, mi alma entera se queda en ellos.

ZARA

Pero el amor sabrá infundirte nueva alma que entregarás por entero á tu esposo.

LESBIA

Muéstrame una vez más su retrato. Quiero hacerle familiar á mi vista, ya que sea extraño á mi corazón.

ZARA

Repara qué afable majestad en su semblante.

ESCENA III

Las mismas, GANIMEDES y ARLEQUÍN

GANIMEDES

¿Dais licencia?

LESBIA

Bien venidos.

ARLEQUÍN

No tan bien. Ganimedes intenta darnos lectura de un epitalamio compuesto en vuestro honor.

LESBIA

¿Un epitalamio? ¡Cruel! No pudiste emplear tu inspiración en cosa menos de mi

gusto. Algún cumplimiento frío, como lisonja cortesana.

ARLEQUÍN

¿Sabéis porque son tan frías las lisonjas cortesanas?

ZARA

Si empieza con las tuyas.

ARLEQUÍN

Porque provienen de trabajo sutil del cerebro, y es ley natural la frialdad de la cabeza cuando el estómago concentra un dulce calorcillo.

LESBIA

No quiero escuchar ese epitalamio. Cántanos en su lugar algunas de las serenatas que entonas por la noche.

GANIMEDES

¿Serenatas yo?

LESBIA

¿No ves como finge extrañeza? ¿Piensas que pasaron sin notar para mí? Son mis sueños tan intranquilos, que puedes creer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

me agrada tu música, que alguna vez alegra mis devenos.

GANIMEDES

Ya no es del todo perdida, como pensaba.

LESBIA

Nunca creí lo fuese, antes hallada y bien hallada de algún amante corazón.

GANIMEDES

¡Qué engaño! Mi voz no halla respuesta, ni siquiera en el eco, nota suelta que no armoniza con otra nota para formar con ella dulce melodía; luz que no inflama otra luz á su contacto, y en sí misma se extingue sin comunicar su calor; estrella voladora que recorre los cielos errante, sin sentir atracción ó influjo de astro alguno.

LESBIA

¡Poeta y sin amor!

ARLEQUÍN

Creedme, es su amor estrella errante, porque aspira á ser satélite del sol nada menos.

LESBIA

¡Silencio, Arlequín! Es atrevido en demasiada tu pensamiento.

ARLEQUÍN

El mío es atrevido, y el vuestro cobarde; sin embargo, los dos hemos pensado lo mismo.

LESBIA

Siempre han de ser crueles tus burlas.

ARLEQUÍN

Agito regocijado los cascabeles, comienzo alegre danza, alternada de chistosos cantares, y cuando han hecho corro á mi alrededor, con mi sable de palo descargo á un lado y otro fuertes golpes, que procuro disimular en seguida agitando con más brío los cascabeles, y subiendo de punto mis burlas hasta forzar á risa al golpeado. Os recomiendo el proceder, Ganimedes, cuando escribáis comedias cortesanas.

LESBIA

Una tratan de representar en Palacio.

ARLEQUÍN

¿La de vuestro casamiento?

LESBIA

¡Así fuera comedia, no triste realidad!

ARLEQUÍN

¡Educada en la Corte, y aún no aprendisteis á ocultar vuestros sentimientos!

LESBIA

¡A pesar mío, habré de ocultarlos! Mas ahora nos hallamos en dulce intimidad: mi buena nodriza y mi amoroso poeta, bien saben comprenderme; y tú, bufón desvergonzado, que eres bueno en el fondo, acalla un momento ese diablillo procaz que rebulle dentro de ti inspirándote burlas y sarcasmos, y ten para mí por lo menos, en este triste caso, una frase de compasión sincera.

ARLEQUÍN

¿Compasión? ¿Pues de qué males os veis amenazada? ¿Podíais soñar mejor esposo que el príncipe Zafir? ¿Dónde hallarle más

bello, ni más inteligente, de no haber yo nacido Príncipe?

ZARA

¡Vaya el bufón!

ARLEQUÍN

¿No creéis que haría yo tan buen Príncipe como cualquiera de ellos? ¡Así pudieran ellos hacer tan buen bufón como yo! Preguntad si cuando andaba yo en la farándula, de lugar en lugar, no admiré á los concursos con mi noble presencia en papeles de reyes y magnates.

LESBIA

¡Ay, Ganimedes! ¡Quién fuera poeta como tú! ¡Cómo entonces formara de mis ensueños un mundo y una vida en que recrearme! Pero, sin forma dentro de mí, atormentan, no halagan la imaginación.

GANIMEDES

¿Y cuáles son vuestros ensueños? El amor que vuestro corazón de niña no sintió todavía. Amor que no se funda en conveniencias